

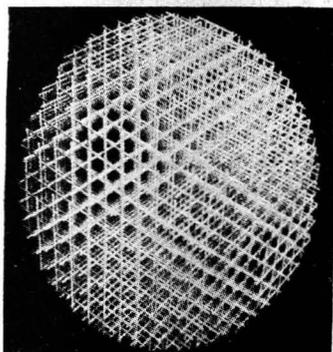
LIBROS

UNA BIOGRAFÍA FUNDAMENTAL

Isaac Deutscher, *Stalin, Biografía política*, Ediciones ERA, México, 1965.

El *Stalin* de Isaac Deutscher forma parte de una trilogía que comprenderá además una *Vida de Lenin* (en preparación) y una biografía de Trotsky ya publicada en tres tomos, cuya traducción al español está anunciada también por ERA. En conjunto, esta trilogía monumental representa el inventario más grandioso escrito hasta el momento, sobre hechos, personas y problemas de la historia del socialismo del siglo xx, a través del prisma de la Unión Soviética.

Seguramente la comprensión cabal del *Stalin* requiere del contrapunto del *Trotsky*. Y es que las historias del Secretario General y del Profeta se desarrollan en buena medida una como respuesta de la otra: son dos biografías antagónicas, pero estrechamente relacionadas. Esto no significa que el *Stalin* carezca de peso propio y que no contribuya a aclarar algunos puntos cruciales de la política soviética entre 1917-1945. En este sentido, además de sus excelencias literarias e historiográficas, el libro



de Deutscher guarda un profundo significado político.

La obra fue publicada en 1949, es decir, en una época en que el "culto de la personalidad" estaba en su apogeo. Representó entonces una formidable "desmistificación" de la figura de Stalin y de multitud de problemas que habían sido falsificados por los "teóricos" oficiales del régimen. Inmediatamente después de su aparición, el libro desencadenó las furias del comunismo "ortodoxo". Sin embargo, el trabajo de Deutscher resistió la prueba del tiempo, e incluso algunas de sus afirmaciones más discutidas fueron confirmadas indirectamente en 1956, en el informe secreto de Jruschov al XX Congreso del PCUS. Hoy, la perspectiva de Deutscher sobre la historia de la URSS es moneda corriente entre los especialistas del tema; es todavía una de las interpretaciones más cabales y lúcidas de un proceso tan complejo como éste, lleno de luces y sombras.

Un breve inventario de cuestiones sobre las que arroja luz el libro de Deutscher: las llamadas "Tesis

de Abril" (1917) de Lenin; la polémica sobre la insurrección de Octubre; la paz de Brest-Litovsk; la discusión sobre los sindicatos; el debate sobre la industrialización (1924-1927); el Komintern frente a la revolución china, la revolución española y el nazismo; el asesinato de Kirov (1933); los juicios de Moscú (1936-38); el papel de Stalin en la Segunda Guerra Mundial. Además, aborda algunos de los problemas más difíciles de la historia soviética: ¿cómo pudo Stalin tomar el poder frente a un adversario tan poderoso como Trotsky? ¿Es verdad que la democracia socialista existía sin cortapisas hasta la muerte de Lenin, y que su negación fue obra exclusiva de Stalin? ¿Cuál fue la atmósfera en que tuvo lugar el "gran viraje" de los veinte, de las tradiciones "clásicas" del bolchevismo a la burocracia y al régimen personal?

Sobre estos problemas, Deutscher nos dice, en síntesis, que antes de la muerte de Lenin ya había síntomas de la crisis de la democracia soviética. En primer lugar, la eliminación de los partidos y de los sindicatos como armas de defensa obrera frente al Estado. Deutscher afirma que el mayor error de los bolcheviques consistió en pensar que podía mantenerse la democracia dentro del partido, habiéndola liquidado antes fuera de él. (Nos recuerda, además, la afirmación de Trotsky de que "en definitiva, el partido tiene siempre razón, porque es el único instrumento histórico de la clase obrera para resolver sus problemas".)

Por otra parte, las dificultades económicas y políticas de los primeros años de la revolución, habían sumido en el letargo y la indiferencia a las masas proletarias. Esta "baja marea" revolucionaria habría sido más sensible a los argumentos "conservadores" de Stalin ("el socialismo en un solo país") que a los radicales de Trotsky. Esto, sumado a la necesidad de una firme organización, "germinó" en la burocracia—cuyo hombre adecuado era Stalin. Las circunstancias crearon a esa "casta" de administradores; Stalin se encargaría de llevar sus tendencias negativas al absurdo.

Aquí se revela el procedimiento explicativo de Deutscher: sobre el telón de fondo de la historia recorta la personalidad, la psicología del protagonista. El autor nos dice que el Stalin de los primeros tiempos fue siempre el hombre del "justo medio", de la "mayoría" del Comité Central. A la cabeza del gobierno soviético, habría actuado generalmente "con retraso" frente a los acontecimientos, dejando que los problemas se acumularan, para después resolverlos con una bruta-

lidad tardía y alarmada (v. gr.: una vez que liquidó a la "Oposición de Izquierda", Stalin tomó de principio a fin el programa de ésta última, para aplicarlo autoritariamente a partir de 1928-29; de aquí surgieron los primeros planes de industrialización y la colectivización forzada del campo). También en lo internacional fueron característicos los "virajes" de Stalin de 180 grados. (V. gr.: la tesis del "social-fascismo", que ayudó a Hitler a tomar el poder, y después la política indiscriminada de "Frentes Populares".)

Deutscher propone una explicación sugerente de las "grandes purgas" de 1936-38: la inminencia de la guerra fue un clima propi-

cio para galvanizar el espíritu revolucionario de los soviéticos, y esto le daría nuevas oportunidades a los enemigos de Stalin. Había entonces que liquidar por la fuerza a toda oposición, aunque fuese potencial.

¿El balance de Deutscher sobre la obra de Stalin? Tal vez pueda resumirse en una frase: Stalin contribuyó primordialmente a industrializar, modernizar y educar al pueblo soviético con los métodos de Gengis Kahn e Iván el Terrible.

Una de las biografías fundamentales de nuestro tiempo, por uno de los grandes escritores políticos del siglo xx.

VÍCTOR FLORES OLEA

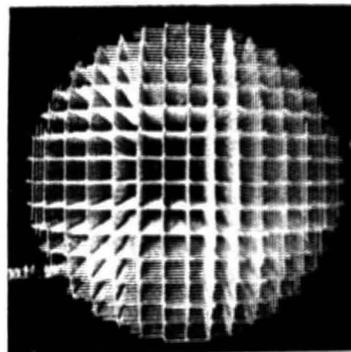
DESCARTES, NUESTRO CONTEMPORÁNEO

LUIS VILLORO, *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (Publicaciones de Diánoia), Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 166 pp.

Se trata de un análisis del cartesianismo que intenta comprender su significación para nuestra época, en realidad, su *significancia para nosotros*. Dentro de una temática, al parecer suficientemente estudiada, se mueve Villoro con soltura y agudeza aportando valiosas luces respecto a aquella filosofía que estableciera la modernidad. Aparece ante nosotros un nuevo Descartes. Los nuevos intereses estructuran nuevos métodos en los que la filosofía cartesiana llega a dibujarse según líneas y perspectivas que obviamente no pudo revelar en su florecimiento, pero tampoco en la inmediata tradición. Así, el lector enterado hallará que el orden y disposición de ese pensamiento no son los que le diera su creador; es más, que la primacía de ciertos temas cartesianos viene a verse sustituida por el interés en otros que, si bien contaron poco entonces, el autor hace resaltar ahora con viveza por considerar que responden mejor a interrogantes actuales. La interpretación de Villoro busca ser, así, a la vez textual y actual, ya que pretende ver, dice él mismo, en qué medida el lenguaje de Descartes responde a preguntas *nuestras*. A lo largo y ancho de todo el ensayo hay la conciencia de que un período de la filosofía occidental termina en nuestros días y el libro de Villoro es, en verdad, una incitación a examinar nuestros comienzos.

La filosofía de Renato Descartes se asienta, según sabemos, en una muy particular doctrina sobre la *idea* y sus relaciones con el *ente*. La idea viene a presentarse, para decirlo con pocas palabras, como intermediaria, tercer término, entre el entendimiento y las cosas, como *re-presentación* del ente. En madurada y fina disección lógica, Villoro separa y distingue lo que en Descartes se halla unido e indiferenciado, acabando por apuntar, con claridad, las contradicciones internas que supone su teoría de la

idea. Pero no sólo esto. También se preocupa por explicarnos cómo fue posible esa falla de principio y por qué Descartes no sintió la necesidad de superarla, mostrándonos que la confusión entrañada en aquella doctrina epistemológica y metafísica ha de ser comprendida en función de otra más pro-



funda, a saber, la confusión en la concepción del principio de todo conocimiento: del *cogito*. Descartes sabría ocultado el principio bajo una interpretación errónea tan pronto lo hallara, y en tal encubrimiento residiría el origen de la doctrina de la idea como representación. Al poner a luz las confusiones que desvirtuaran el gran logro cartesiano, despeja Villoro algunos de los problemas que están a la base del idealismo moderno y, a la vez, permite vislumbrar el verdadero alcance y significado de ese descubrimiento, en sí mismo y en relación a nuestra época.

Luis Villoro nos ofrece su mejor libro. No sólo por las nuevas ideas que propone acerca de la filosofía de Descartes, sino también por el rigor del tratamiento, por la penetración y lógica del discurso, por esa libertad y limpieza en el análisis y el comentario sólo explicables por su profundo conocimiento del cartesianismo. Toda afirmación, toda interpretación parcial propuesta, acaba por mostrar su coherencia en el marco de la interpretación total de la obra. Pero —siempre hay un pero— no puede-

mos dejar de hacer una crítica a Villoro: ¿A qué buscar insistente justificación, en lo "actual", de un trabajo que muestra fundamentalmente su valía en ser uno de esos pocos excelentes comentarios a los clásicos? El prurito lleva a utilizar métodos y principios propios de la filosofía analítica contemporánea, que no por novedosos en nuestro medio van a dar "actualidad", sólo por ellos mismos, a los problemas

a que se apliquen. Pensamos que en el caso que nos ocupa, resultan algo más que extraños, al suponer una filosofía que arrastra consigo toda una serie de problemas que vienen a ocultar, o cuando menos a violentar, el auténtico ámbito cartesiano. Esto pudo parecernos lo único que le impedía ser al libro un todo en sí completo y acabado.

ROBERTO CASO BERCHT

REVOLUCIÓN SIN ÉPICA

LUISA JOSEFINA HERNÁNDEZ: *La primera batalla*. Ediciones Era, México, 1965.

Era casi un imperativo: a una Revolución había que cantarle en tono épico. El ecuatoriano Olmedo, poeta de tono menor cuando se ocupó de temas íntimos, alzó la voz tonante cuando lo inspiraron Junín y Ayacucho, y con ese do de pecho admirablemente sostenido entró en la inmortalidad de la mano del tema heroico. Mijail Shólojov vivió la epopeya de la Revolución Rusa, la trasladó a las páginas de una serie de novelas caudalosas y desgarradoras, y la Academia Sueca —¿se concibe algo más ajeno al bolchevismo?— acaba de consagrarlo con el galardón del Nobel. Pero precisamente cuando las revoluciones dejaron de ser acontecimiento extraordinario para convertirse en noticia nuestra de cada día —China, Indonesia, Cuba, Argelia, Vietnam— los literatos empezaron a desconfiar de la eficacia de la epopeya para expresar la turbulencia ininterrumpida de toda una época. La Revolución Cubana, tan colmada de *pathos* heroico, no produce aún su literatura épica. ¿Derrota de la exuberancia expresiva de los hijos del trópico frente al severo rigor intelectual del marxismo? Sea como fuere, el hecho está a la vista: el propio poeta nacional de la Isla miliciana, Nicolás Guillén, declaró no hace mucho que, convertido en realidad el sueño revolucionario de toda su vida, su poesía habrá de remansarse ahora en temas más cercanos a su corazón de hombre enamorado y tierno. Para los novelistas cubanos, por otra parte, la Revolución ha representado, en primer término, la oportunidad de empezar a saldar cuentas con el pasado oprobioso que empezó en 1902 con la República mediatizada y terminó

el último día de 1958 con el derrumbe de la "dictablanda" corruptora que el asalto al Moncada convirtió en dictadura desalmada y genocida.

Una de las primeras novelas que ofrece una visión solidaria de la realidad cubana tras el triunfo de la revolución, es ésta que publica ahora la mexicana Luisa Josefina Hernández. *La primera batalla* treza en sus 140 páginas, por medio de capítulos alternos, la historia de unos personajes que viven precariamente la experiencia revolucionaria mexicana en una de las zonas marginadas del país, y una serie de impresiones, a cual más sagaz penetrante y vívida, de la existencia cotidiana en la joven república socialista del Caribe. En cierto sentido, ambos elementos estructurales de la novela constituyen un contrapunto intencionado que no incurre por un solo momento, sin embargo, en la inútil obviedad, de las conclusiones explícitas. La voluntaria renuncia al tono épico en favor de un lirismo de buena ley, cargado de implicaciones dramáticas para tratar un tema fundamentalmente político, resulta en este caso un verdadero acierto: el indudable compromiso de la autora con una causa justa ha servido, a diferencia de lo que sucede tantas veces, para realzar los méritos intrínsecos de la obra de arte. Hacia falta mucha sabiduría artística y humana para llegar a la entraña de realidades tan diversas y análogas a un tiempo, y Luisa Josefina Hernández ha demostrado poseerla en grado suficiente: *La primera batalla* es una novela que convence.

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ

HEGEL Y LA IDENTIDAD ABSOLUTA

HERMANN GLOCKNER. *El Concepto en la Filosofía Hegeliana*. Publicaciones del Centro de Estudios Filosóficos, UNAM, México, 1965, 120 pp.

No es un interés histórico lo que dirige la exposición de Glockner en este libro. Se maneja el pensamiento de Hegel sólo como un material para destilar los elementos que deban servir a la formulación de una filosofía propia. La exposición es de carácter sistemático. El centro de las preocupaciones del autor es el problema de las rela-

ciones entre lo racional y lo irracional en las esferas de la estética y de la religión. A pesar de que la exposición no tiene una intención histórica, Glockner se propone hacer justicia a la filosofía de Hegel y, al mismo tiempo, ofrecer unos prolegómenos a toda filosofía que pretenda "acercarse, mediante conceptos, a lo irracional"

(pp. 7 y 11). Al tomar este hilo conductor en su exposición, procede, para entender a Hegel, a presentar las grandes conexiones y modificaciones históricas que manifiesta el concepto de "concepto" de Aristóteles a Kant, de Kant a Fichte y Schelling, de Schelling a Hegel.

Glockner observa acertadamente cómo para Aristóteles el concepto de "concepto" es a veces teoría formal de la definición, representación del objeto "en cuanto a su determinación pensada", otras veces una sustancia, "un objeto dentro del mundo" que poseemos cuando conocemos algo. Sin embargo, el problema es que, paradójicamente, se haya tenido por "pensamiento aplicado" (metafísico) el saber de la "cosa" mediante su "definición", es decir, mediante un "saber acerca del pensamiento mismo" o acerca de la forma en que se manifiesta la actividad pensante (pp. 23-28). La lógica aplicada de Aristóteles no supera los límites del formalismo: el objeto se resiste a ingresar al círculo del concepto.

Kant, que se propuso quebrantar estas limitaciones en la lógica trascendental, entendió por concepto una unidad de varias representaciones que se deja tratar como "juicio". Pero Glockner subraya que si el juicio juzga algo, no puede separarse del residuo fenomenal que ha de comprenderse objetivamente. Junto a lo que puede conocerse de este modo, Kant produjo la "infeliz doctrina" de algo que no puede ser conocido más allá de esa comprensión objetiva: "la cosa en sí", que vuelve a escapar del círculo objetivo del pensar (pp. 34-39).

Éste fue el estigma de la teoría kantiana del concepto que pretendieron eliminar Fichte y Schelling: tampoco pudo reducirse a concepto lo "absolutamente distinto" del pensamiento, lo "heterológico", "la tragedia del objeto". En Fichte el concepto ya era una tarea infinita y una decisión práctica: el yo que se autoafirma "simultáneamente con el no-yo" siempre afirma un residuo inalcanzable. "¡Tanto yo, tanto no-yo; tanta solución, tanta tarea!" (p. 44). Para Schelling el saber acaba por tomar el tono sombrío de lo irracional; el concepto, que aquí se transforma en una "intuición general", a-téorica, del infinito de la naturaleza,

constituye una de las posturas más resonantes del pensamiento metódico (pp. 57-60).

Sobre estos antecedentes la exposición de Glockner recorre, en tres etapas, la metamorfosis del concepto en la filosofía de Hegel, el filósofo que triunfó sobre el romanticismo incorporando las esferas irracionales en una estructura "científico-sistemática". Es una exposición breve y esmerada a la vez, que intenta señalar "lo secreto", como podría decirse, en la filosofía hegeliana.

Como elemento lógico el concepto en Hegel es una estructura concreta cuya forma se identifica con su contenido. Es la sustancia "A" afirmada *conscientemente*: "A = A" que es *conciencia* de sí misma. El concepto es concreto, pero subjetivamente afirmado: la identidad de concepto y cosa como conciencia de sí misma, individualizado y determinado en sí por la obra "atomizante" del intelecto (pp. 71-75).

El concepto como *idea supra-lógica* surge ahí donde la función determinativa del intelecto, al mismo tiempo que fija "A = A" como perfección "cerrada en sí misma", co-determina "no-A" en la medida en que reconoce que "A" no está "totalmente" determinada en su objetividad. La idea es el concepto y la verdad como "totalidad objetiva". Ver esta totalidad es tarea de la *razón*. Pero "no-A" se vincula a la tragedia del objeto: se opone a "A" como una tarea de la razón no realizada conclusivamente por ésta (pp. 78-82).

El *espíritu*, o la raíz metafísica del concepto supra-lógico, representa la fuerza penetrante que pone la identidad de "A" y "no-A" en un "proceso" o devenir eterno, donde el cisma dialéctico de la idea acaba por aquietarse, donde las oposiciones se neutralizan. Es la identidad absoluta, el concepto absoluto, pero una identidad y un concepto absolutos "cargados" de negatividad y, por eso mismo, la fuente de todos los desarrollos y movimientos posibles. El concepto absoluto de Hegel lleva en sí mismo todavía, como una célula, el principio heterológico (pp. 83-87).

En las consideraciones finales Glockner se aplica a relacionar el concepto como "idea" y el concepto como "espíritu" a fórmulas estéticas y religiosas.

WONFILIO TREJO

UN LIRISMO DE LA INTRASCENDENCIA

Efrén Hernández. *Obras: poesía, novela, cuentos*. Nota preliminar de Alí Chumacero. Bibliografía de Efrén Hernández por Luis Mario Schneider. Colección "Letras mexicanas". Fondo de Cultura Económica, México, 1965, 430 pp.

Es cierto que la historia de la literatura no se hace exclusivamente con las obras de las grandes figuras. Han existido escritores de tono menor que con sus libros han aportado material suficiente para configurar y completar una época, una tendencia, un mito. Sin embargo, son muchos los riesgos

que se corren cuando se otorga desmedida importancia a una figura y a una obra poco trascendentes. Por otro lado, el tiempo viene a ser el indicador más sabio y más notable: una década o dos, a veces menos años, son suficientes para aclarar panoramas y criterios.